

Parte I

La Gestación

...de las semillas venezolanas.

La Gestación

Where is the Disney Channel?

De East Lansing a Caracas

“Yo fui un niño precoz. Aprendí a leer a muy temprana edad y en los libros encontré refugio y estímulo como ningún otro juguete, pasatiempo o recreación podía dármelo. Vivía en el campus de la universidad estatal de Michigan, en donde mis padres estudiaban. Mi escuela quedaba a tres cuadras de mi casa y me iba a pie. Solo tenía que salir por la puerta, hacer una vuelta en U por la acera, caminar una cuadra, cruzar a la izquierda y avanzar dos cuadras más hasta llegar a Red Cedar Elementary School. Hacía esa ruta todos los días de clase, incluso en los días de invierno cuando las fuertes nevadas que caen en Michigan bloquean las vías y crean contratiempos para desplazarte.

Mis compañeritos eran muy agradables, gentiles, educados y juguetones, como cualquier niño normal. La escuela era un sitio agradable para ir. De verdad me gustaba, aunque las actividades fuesen un tanto aburridas, ya que yo sentía que estaba muy adelantando para el nivel de la clase. Dado que mis padres siempre estaban estudiando, yo me crié estudiando y leyendo libros en un entorno rodeado de adultos americanos universitarios y cultos. Siempre fui muy dado a leer y aprender sobre historia, geografía, matemáticas y música, y por eso me divertía mucho debatir con adultos que tuviesen conocimientos sobre esos temas, como el esposo de una amiga de mi mamá, quien era profesor universitario e historiador. Era una persona con quien podía expandir mi cultura. Por supuesto, estando con mis compañeros, yo destacaba como alguien que sabía más que los otros niños. Era respetado y apreciado, no tanto por el

La Gestación

hecho de saber, sino porque en la escuela el clima era de fomentar respeto y aprecio entre los niños, hacia los profesores y maestros, y hacia los padres y representantes. Es por eso que mis valores y principios son muy americanos y nada venezolanos, ya que a pesar de tener padres venezolanos, yo nunca compartí mucho con ellos, y por ende nunca me enseñaron nada de los principios y los valores venezolanos. En vez de eso, pasé mis primeros años de vida aprendiendo y moldeando mi personalidad y mi ser en función a lo que yo veía en mi escuela, en mis vecinos y en mi entorno social, todos americanos.

A la escuela rara vez llevaba un pesado bolso, ya que todos teníamos un locker donde podíamos guardar nuestros libros y cuadernos. Los lockers eran inmensos, al punto que podía caber un niño dentro. Tampoco llevaba comida. El motivo por el cual no llevaba comida era porque semanalmente nos llegaba con anticipación el menú de desayuno y almuerzo para la semana siguiente. Hago énfasis en la palabra 'menú', queriendo decir que me llegaba una carta muy variada de opciones para escoger qué comeríamos. De tal forma que yo entregaba el pedido y mis comidas eran servidas como las había pedido.

A veces en la escuela había viajes al campo, ya que Michigan es un estado muy bonito y grande para conocer. Íbamos a lagos y ríos, o a granjas con sembradíos de calabazas a recoger la calabaza para Halloween. Los viajes los hacíamos en los buses de la escuela, los cuales eran de primera calidad. Tenían asientos nuevos de tela o semi-cuero, con motores que hacían muy poco ruido, y tubos de escape que parecía que ni siquiera expulsaban emisiones de CO. El chofer del autobús era alguien que estaba bien vestido para la tarea que debía hacer, y si bien sonreía y saludaba con amabilidad a los niños que abordaban el autobús, también era estricto cuando debía serlo si veía una indisciplina. Su objetivo era velar por la seguridad de los niños que iban en el autobús. Después de todo, era el responsable de cargar entre 20 y 25 pequeñas vidas. Así es como yo veo la profesión de ser chofer de un autobús escolar.

En la escuela teníamos computadoras Apple IIC gracias a que el estado había logrado impulsar un programa para que los niños tuviesen acceso a computadoras y empezasen a utilizarlas. Eran los años 80, y ya se vislumbraba que esta futura generación debía tener dominio absoluto de estos nuevos aparatos con un logotipo de manzana. Yo estaba en primaria y gracias a que era un alumno con altas calificaciones, tenía asignada una computadora para mi uso exclusivo. Aun así, de no haber tenido buenas notas, igual hubiese tenido acceso al laboratorio y a una computadora, pero no exclusiva.

Where is the Disney Channel?

El parque de recreo era enorme, ya que era un jardín de... ¿quizás 1.000 metros cuadrados? Teníamos atracciones y variedad de juegos. No usábamos uniforme, ya que el colegio no lo exigía, así que podía ir vestido como quisiera. Entraba a clases a las 8:30 am. No había necesidad de madrugar o levantarse a las 5 de la mañana como pasa aquí. Salía de clases a la 1:30 o 2:00 pm dependiendo del día. ¿Pupitres? No. Teníamos más bien una mesa tipo escritorio y una silla cómoda. La tabla de la mesa se levantaba y abajo se podía guardar cosas.

Las clases no eran siempre en el mismo sitio. La escuela tenía laboratorios en donde se enseñaba sobre la naturaleza, biología, y algo de química, aunque yo nunca tomé esas clases porque aún no estaba en esos grados. A veces nos llevaban a conocer sitios afuera y hacíamos una visita guiada a algún museo. También nos enseñaban sobre educación cívica, una asignatura en la cual nos indicaban entre otras cosas, la forma correcta de cruzar la calle: 'Mirar hacia el sentido de dónde vienen los carros, mirar hacia el otro lado en caso de que hubiese algún carro en sentido contrario, y de nuevo mirar hacia el sentido de dónde venían los carros. Si había absoluta certeza de que no había peligro de cruzar, proceder a hacerlo utilizando el rayado en el pavimento.' Nos enseñaban ese tipo de cosas que son sentido común y de esa forma te inculcaban aprecio por el sistema y respeto hacia las leyes y el orden. Me llamó la atención que ustedes no tengan eso aquí, puesto que esas enseñanzas son muy importantes e invaluable.

En mi casa teníamos televisión por cable, además de los canales de señal abierta NBC, CBS y ABC. A principios de los años ochenta empezaron a aparecer los canales por cable, y en casa nosotros teníamos el paquete con todos los canales. El cable incluía HBO, un canal que solo transmite películas y programas especiales; CNN, un canal exclusivo de noticias; Disney Channel, un canal que transmite programación de Disney y programación educativa, incluyendo programas especiales conducidos por Walt Disney; y también MTV, un interesante canal que transmite videos musicales.

Algo que olvidé mencionar sobre la escuela es que, cuando llegaba la hora del recreo, yo podía dejar mis cosas encima de mi escritorio y pueden asegurarlo que, al yo volver, allí estarían..."

Fue en ese momento, al pronunciar esas palabras, cuando hice un paneo a mis compañeros de mi salón de primer año de educación secundaria (séptimo grado), para ver si alguien se delataba y podía por fin confirmar mis sospechas de quién había sido el que me robó en dos ocasiones hacía tres años atrás, en la primera semana que llegué al cuarto grado del colegio Fray Luis de León, Parroquia Santa Rosalía, Municipio Libertador, Caracas, Venezuela, en 1987, procedente de Michigan, Estados Unidos.

Las líneas anteriores en *itálica* son una descripción de la escena que sucedió cuando mi profesor de geografía se enteró que yo soy estadounidense. Nunca quise mencionarlo a nadie, sobre todo a los profesores, porque sabía que podía suceder algo como lo que ocurrió. Fue fortuito que él se hubiera enterado.

Corría más de la mitad del primer lapso y nos encontrábamos en clase de inglés. Habíamos realizado dos exámenes y varias actividades correspondientes al plan de evaluación escolar y yo había sacado la máxima nota en todas, lo cual hasta ese momento era consistente con el hecho de que yo era un buen alumno, ya que también había obtenido altas calificaciones en matemáticas, castellano, biología y las demás asignaturas. Por ese motivo para el profesor de inglés, yo simplemente era un alumno destacado y no se imaginaba que mis altas notas se debían gracias a que inglés era mi idioma nativo.

Esa mañana el profesor hizo uno de estos ejercicios básicos de preguntar: *"Where and when were you born?"* y el alumno debía contestar *"I was born in [lugar] on [fecha]"* y agregar algún complemento. Después de preguntarle a unos diez estudiantes, el profesor Jacinto Pavón señaló hacia mí y con su voz nasal y acento ecuatoriano dijo: *"...and what about you Hector? Where and when were you born?"* Esta era la primera vez en mi vida en la cual me vi confrontado ante un dilema moral: ¿debía mentir para pasar inadvertido, o debía decir la verdad sabiendo lo que probablemente ocurriría a continuación? Quizás mucha gente hubiese escogido la primera, pero yo escogí la segunda y aún hoy lo haría, así que le dije la verdad: *"I was born in Lansing, Michigan on October 6th, 1978"*. De inmediato el profesor frunció el ceño como si le hubiesen preguntado la raíz cuadrada de 76.489. Recuerdo

esa cara como si hubiese sido ayer. La recuerdo porque era la misma cara de desconcierto, extrañeza e incredulidad que vi durante los años mientras viví en Venezuela de todas las personas que se enteraban que yo soy estadounidense, donde era obvio que la persona estaba pensando algo así como: *“Ya va, un momento: ¿Tú eres gringo!? Pero ¿qué rayos se supone que haces tú aquí? ¿Por qué rayos no te devuelves a tu país? ¿Qué rayos haces en este país subdesarrollado en vez de estar en Estados Unidos?”* Le expliqué al profesor Jacinto Pavón que yo nací en Lansing, Michigan y que por una serie de eventos de la vida, vine a parar a Venezuela. Al terminar la clase y llegar la hora de recreo, Jacinto compartió la información con el resto de sus colegas en la sala de profesores, y es allí cuando entra en escena el profesor de geografía.

Al volver del recreo justamente tendríamos clase de geografía. El profesor era muy agradable y cómico, ya que hacía la clase divertida e interesante al mismo tiempo, pero ese día no habría clase como tal. Después de entrar al salón y saludar a los alumnos, el profesor pretendió revisar unas notas y de repente dijo:

- *“¡Así que hay un gringo en este salón! ¡Ruiz! ¡Yo no sabía!”*

Girando mis ojos en mi mente, le contesté: - *“Sí profesor, así es.”*

- *“Aja, aja, pero cuéntanos, ¿cómo se llama donde naciste?”*

- *“Lansing, Michigan.”*

El profesor no cabía en su asombro. Creo que era la primera vez en su vida que había escuchado ‘Lansing’ o ‘Michigan’: - *“Es increíble, ven, ¡ven por favor! ¡Párate! No mejor, pasa al frente. Tú eres excelente exponiendo. Ven y cuéntanos cómo era tu vida allá.”*

Sin pena alguna -ya que él estaba en lo cierto, a mí siempre me ha fascinado hablar en público y exponer-, me levanté y caminé al frente del salón. Me di la vuelta poniéndome de frente a mis compañeros, volteé a ver al profesor y le pregunté: -*“Bien, ¿qué les gustaría saber?”*- Recuerdo las caras de todos mis compañeros, sobre todo la de Mayra Román Resplandor. Aún hoy no sé si la sonrisa que ocupaba su cara era por la emoción de escuchar lo que yo iba a contar o porque estaba feliz que no habría clase. Hasta ese momento, solo dos de mis

compañeros (Lorne y Willis, quienes hoy son mis dos mejores amigos) tenían alguna vaga información acerca de cómo era mi vida en los Estados Unidos. El resto del salón sabía que yo era americano porque al llegar a cuarto grado yo aún no hablaba bien español y tenía un fuerte acento como cualquier estadounidense; pero no sabían los detalles de cuánto tiempo había vivido allá, ni cómo era mi vida en Michigan, por eso estaban ansiosos de saber. Así que Mayra, quien era una de esas alumnas que intervenía al mismo tiempo que alzaba la mano, rompió el silencio y dijo: -“¡Cuéntanos de tu colegio!” Volteé a ver al profesor y me dijo: -“¡Adelante!” y se echó hacia atrás en la silla. Fue allí cuando empecé la exposición con la que inicié este capítulo. Recuerdo que con cada pausa que hacía, mis compañeros decían:

- “OOOhhHhh, AAaaHHH, Guaaaoooo, QUEEEeEEe”

...y variantes similares.

- “¿y las estaciones Ruiz? ¡Cuéntanos de las estaciones!”- dijo el profesor José, me imagino que en un intento de al menos relacionar lo que yo estaba exponiendo con algo de geografía.

- “De las estaciones: cada una es hermosa en su propio estilo. En primavera es bonito ver como los árboles que estaban secos unos días atrás, empiezan a llenarse de hojas, y los jardines que estaban vacíos empiezan a llenarse de flores. Es espectacular. El verano, les soy sincero, no era mi estación preferida, porque hace demasiado calor. Muchísimo más calor que aquí en Caracas. Es insoportable.”

- “¿Peor que Maracaibo, Ruiz?”- preguntó el profesor.

- “No sé, porque nunca he ido a Maracaibo, pero es bastante caliente ya que como debe saber, en verano la Tierra esta inclinada y el hemisferio norte queda viendo de frente al Sol, recibiendo sus rayos de luz de forma más directa, aunque supongo que también depende de la época del año. Por fortuna el verano no dura mucho. Luego viene otoño, que es cuando las hojas de los árboles se ponen rojas o naranja y los árboles empiezan a botarlas para prepararse para el invierno; y finalmente viene invierno que es cuando cae nieve. La nieve es lo más espectacular que he visto en mi vida.”

Where is the Disney Channel?

- "Y, ¿hace mucho frío, Ruiz?"- preguntó el profesor de geografía.

- "La temperatura llega a 0 grados"- respondí.

Allí hubo un "OooH" masivo en el salón: - "¿CERO GRADOS?"

- "Sí. Ehhh... bueno no, disculpen, 0 grados Fahrenheit quise decir y eso es ehhh... (allí saqué la cuenta mentalmente) como diecisiete grados bajo cero para ustedes... -17 C ó -18 C"

- "¿¡DIEZ Y SIETE BAJO CERO!?"- exclamó Gustavo Portal, un compañerito que era muy efusivo.

- "Sí. Si no me equivoqué, es eso."

- "¿No será que estas equivocado y es 0 grados normales?"- dijo otro compañero.

- "No, porque en Estados Unidos usamos Fahrenheit, no Celsius. Recuerdo que cuando salía de mi casa, había una pantalla en la calle que marcaba la temperatura y siempre me daba risa cuando los días de invierno mostraba '0'. 0 Fahrenheit, que para ustedes es -17 Celsius."

Ese día estuvimos toda la clase hablando de mí, de Estados Unidos, de Michigan, y de tantas cosas que aún para ese momento yo extrañaba con todas mis fuerzas. Años más tarde a mediados de 2004, un día cenaba con mis cuatro mejores amigos: Lorne, su hermano Darwin, y Willis y su hermano Wilhelm (Lorne y Willis estaban conmigo en la clase de geografía, Darwin es un año mayor que Lorne y Wilhelm es cinco años menor que Willis) y recordamos ese día jocosamente. Aún hoy lo recordamos con regularidad, ya que siempre es motivo para reír sin parar. En un momento durante la cena, las cervezas y las risas de recordar esas escenas con el profesor de inglés y mi exposición durante la clase de geografía, tuve que confesarles un secreto a mis amigos:

- "Ese día conté una versión formal de lo que quería decir."

- "¿Cómo es eso? ¿A qué te refieres?"

- "Hay algo que quería contar ese día, pero no lo hice porque sabía que sería demasiado cómico y la exposición se volvería un desastre.

Quizás los alumnos de los otros salones, la directora y los padres sacerdotes se hubiesen acercado para averiguar qué estaba pasando.”

- “Pero ¿qué?, ¡cuenta!”

- “Dos de los mayores traumas que me marcaron al pisar este país ocurrieron en el primer día que llegué. De hecho, uno de ellos ocurrió en el avión que me traía para acá. ¡Ni siquiera había pisado Venezuela!”

Ellos reían sin parar: - “¡Cuéntanos!”

Hasta ese día que yo arribé a Venezuela yo había viajado bastante, dentro y fuera de Estados Unidos. Debe tomar en cuenta que esto fue en los años 80, y la seguridad en los aeropuertos y aviones no era la misma a la de hoy. Antes se podía hacer lo que quisieras en un avión: fumar, visitar a los pilotos... era otra época, y uno de los motivos por los cuales me encantaba viajar en avión era que siempre me regalaban un modelo coleccionable de la nave, incluso sin yo pedirlo. De tal forma que para el momento cuando viajaba para Venezuela, yo tenía unos veinte modelos de *United*, *TWA*, *Pan-Am*, *KLM*, y de otras aerolíneas.

El día que nos mudamos para Venezuela, salí con mi familia de Michigan y tomamos un vuelo Lansing-Dayton con una aerolínea local llamada *Piedmont*, en el cual me dieron un bonito modelo; luego tomamos un vuelo Dayton-Miami con Pan-Am, donde también me dieron un flamante modelo. Mientras esperaba para abordar el vuelo de Miami para Caracas, me emocionaba que tendría un nuevo modelo de una aerolínea que no conocía y en la cual nunca había viajado.

La ruta Miami-Caracas la haríamos con *VIASA*, la aerolínea más prestigiosa de Venezuela. Recuerdo que cuando vi el avión de *VIASA* arribar a la puerta, lo primero que pensé fue: - “Qué feo ese avión...” Lo recuerdo como si hubiese sido ayer. El avión de *Piedmont* era blanco como la nieve y tenía unos toques de azul celeste brillante; el avión de Pan-Am era... pues, un avión de Pan-Am (es decir, una figura imponente e impecable). Este avión de *VIASA* era... feo: el blanco del fuselaje estaba manchado, la cola estaba pintada de naranja y también estaba manchada, y las turbinas, que estaban pintadas de blanco, se veían sucias. El avión no se veía horrible, pero sí se veía feo. Traté de

restarle atención a esos detalles, pero al ingresar al avión mi percepción de la nave empeoró. Los paneles de los compartimientos de equipaje de mano de Piedmont y Pan-Am eran blancos e impecables, y tenían la debida identificación de los asientos; los paneles de este avión de VIASA estaban sucios y manchados, y les faltaban algunos números y letras que identificaban a los asientos. Los bonitos asientos azules de tela de los aviones de Piedmont y Pan-Am, ahora eran asientos de un azul marino horrible, con un rojo carmesí aún más horrible y un gris que no combinaba en lo absoluto. En resumen, el avión por dentro era aún más feo que por fuera. Con repulsión, me senté en mi asiento.

Al despegar y alcanzar la altura de crucero, asumí que era mejor llamar a la aeromoza lo más pronto posible para pedirle el modelo del avión, ya que supuse que esta tripulación tal vez no estaría dotada de muchos modelos, sobre todo considerando que el vuelo estaba lleno. Yo pensé: "Si no tienen dinero para cuidar al fuselaje, ni para limpiar los compartimientos de equipaje de mano, tal vez no tienen dinero para comprar muchos modelos." La aeromoza -una morena venezolana- se acercó e intentó no hacer mucho esfuerzo en comprender mi inglés:

- "Excuse me miss?" - le dije.

- "Yes, dime." - contestó.

- "Do you have a model of this plane?" - le pregunté.

- "Guat boy?" - dijo ella sorprendida.

- "A collectible model, like these?" - le mostré los que tenía.

Ella puso cara de extrañeza: - "Yo creo que no sé... ya vengo ..."

Ingenuo yo, niño y americano que no conocía a los venezolanos, creí que ella iría a averiguar. Pasaron unos quince minutos y regresó con algo dentro de un sobre: - "¡Toma!" - y lo puso sobre mis piernas. Abrí el sobre y vi que había traído un broche que decía "VIASA." Era evidente que se lo había quitado a otra aeromoza. Al ver eso, supe que haber dejado East Lansing, para ir a Caracas, Venezuela, no había sido una buena decisión de mis padres.

Debe tener en cuenta que, si bien yo era un niño, era muy maduro para mi edad. La situación me molestó, pero no por el hecho que me haya traído un broche de plástico barato, en vez de un bonito modelo. Mi problema partió por el hecho de que: 1) Hubiera una aeromoza que era miembro de una tripulación en un vuelo internacional de la línea aérea más prestigiosa de Venezuela que tenía prácticamente ningún dominio del inglés y en consecuencia, muy poca capacidad para tratar a pasajeros americanos; y 2) Que no fue honesta conmigo. Lo que debió haber sucedido era que ella dijese algo como: *“Lo siento mucho, pero no tenemos modelos como el que muestras. Pero ¿aceptarías un broche representativo de nuestra aerolínea? Es un pequeño gesto de nuestra tripulación que se siente agradecida de tenerte como nuestro pasajero.”* En vez de eso, fue a buscar un broche del uniforme de otra persona, lo metió dentro de un sobre y me lo puso encima de mis piernas, como diciendo *“Toma chico, esto es lo que hay.”* Ella hizo todo eso porque sus superiores y gerentes no la prepararon, ni la entrenaron para tratar debidamente a pasajeros en un vuelo internacional, especialmente a pasajeros extranjeros. Me trató como si yo fuese un niño venezolano, que simplemente no tendría problema con la forma como manejó la situación. Me levanté para ir al baño y lancé el broche a la basura. Ese fue el primer trauma. Ahora, compartiré el segundo.

Después de haber pasado horas en aeropuertos y aviones, llegamos a la casa antes de la medianoche. No estaba cansado y me dieron ganas de ver televisión. Era tarde, pero a esa hora aún había chance de ver uno de mis programas preferidos del *Disney Channel*.

Al llegar a la casa vi que había dos televisores: uno blanco y negro de 12 pulgadas que estaba en la sala y uno Sony de 19 pulgadas que estaba en el cuarto de mi abuela. Por cierto, debo aclarar algo: cuando digo que había un televisor blanco y negro en la sala, es porque el armazón del televisor era blanco y el marco que bordeaba la pantalla era negro. Y menudo susto cuando encendí el televisor y vi que la imagen en la pantalla era... en blanco y negro. Sentí un vacío en el estómago. Era impensable para mí ver *Disney Channel* en blanco y negro. Lo apagué y me fui de inmediato hacia el televisor de mi abuela, que obviamente sí era a color. Sin mediar palabras lo encendí:

Where is the Disney Channel?

- "Ahhh, ¡imagen a color! ¡Bien! Ahora al Disney Channel. Veamos... ¿en dónde está el control remoto de este aparato? Bien, aquí está. Veamos el control: 2, 3, 4, abajo 5, 6, 7, abajo 8, 9, 10, abajo 11, 12, 13, y abajo un * y otro *. ¿Qué rayos?" - Levanté la mirada para ver el televisor: - "Hmmm, al lado de la pantalla hay un cuadrito donde aparecen cinco filas, 2-3-4, 5-6-7, 8-9-10, 11-12-13, *-* y un led rojo." - Bajé la mirada para ver el control remoto: - "Channel flecha arriba, flecha hacia abajo. Esto debe ser." - ... y empecé a pisar hacia arriba, asumiendo que arriba = adelante, y veía como el televisor avanzaba con los siguientes resultados:

2 = señal, con un programa en español, aburrido. Daba sueño
3 = no señal. Tenía sentido, pues el 3 es para el Oddisey
4 = señal, con un programa hablado en español, aburrido
5 = no señal, estática como si hubiese habido o podría haber señal
6 = no señal, igual al anterior, pero no tan clara como la del 5
7 = no señal, peor que la del 6
8 = señal, con un programa muy aburrido que daba mucho sueño
9 = no señal, estática como si hubiese habido o podría haber señal
10 = no señal, peor al 9
11 = no señal, estática
12 = no señal, estática
13 = no señal, estática
* = no señal, estática total. Imposible de haber señal.
* = igual al anterior
2 = señal, algún programa en español, aburrido. Daba sueño
3 = no señal. Tenía sentido, pues el 3 es para el Oddisey

- "... hey, un momento... ¿por qué saltó del *, al *, al 2? ¿Por qué no llega hasta el canal 47?"

Retrocedí, avancé y pasó lo mismo. Lo hice de nuevo y nada. Intenté pisar el "4" y luego el "7" para ver si haciendo la combinación lo lograba, pero no resultó. Intenté con * 4 y 7 (¿tal vez para eso era el *, para acceder a canales de alta numeración?), pero tampoco funcionó. Intenté de todas las formas posibles e ideas que vinieron a mi mente, pero no hubo forma de hacer aparecer el canal 47 en el televisor 19 pulgadas de mi abuela. Era la primera vez en mi vida que no podía lograr algo que quería. Hasta ese momento siempre había podido

conseguir cualquier cosa que quisiese, sin importar las circunstancias o el entorno. Por primera vez en mi vida había encontrado una barrera que se interponía a uno de mis objetivos. Era un objetivo trivial, ver un programa de televisión, pero me hizo sentir un vacío que nunca había sentido. Supongo que a temprana edad aprendí que las lecciones en la vida llegan de forma cruel. No quedaba remedio; tendría que preguntarle a alguien y pedir ayuda. No era algo a lo que sintiese aversión, no tengo problema alguno en pedir ayuda, pero por lo general prefiero figurar y descubrir las cosas por mí mismo. En este caso, lo había intentado todo y estaba seguro de que debía haber una forma que yo no conocía. Llamé a mi mamá y le pregunté:

- "Mom, where is the Disney Channel?"

La respuesta de mi mamá fue el golpe más duro que había recibido en mi vida hasta ese momento.

- *"Hijo, aquí no hay Disney Channel."*

- "What do you mean there is no Disney Channel? There is no Disney Channel on this TV? Like, there is no cable in this house?"

- *"No hijo. No hay Disney Channel del todo. No hay Disney Channel en todo el país."*

Tan solo unas horas antes estaba viviendo en el hermoso invierno de East Lansing. Ahora estaba viviendo en un horrible infierno llamado El Cementerio², en Caracas, Venezuela.

Nunca me había sentido peor en mi vida. Pasé mi primera noche en Venezuela como pude, ya que la cantidad de desagradables sensaciones que recorrían mi cuerpo era infinita e indescriptible. En cuestión de horas, mi mundo había cambiado radicalmente y por mi cabeza pasaba una sola idea: devolverme a East Lansing, Michigan. Sin

² El Cementerio es un barrio de clase baja, ubicado en el Municipio Libertador del sur de Caracas.

embargo, esto no era un “me quiero ir a mi casa” como cuando vas a visitar esa familia aburrida, o vas al dentista obligado, o vas a misa, o vas a esa aburrida fiesta donde no quieres estar. Esto iba a ser por un tiempo... un muy buen tiempo. Me sentí horrible.

La situación no veía una luz de esperanza a la mañana siguiente cuando encendí el televisor e hice un nuevo intento infructuoso de conseguir algún canal donde hablasen inglés, pero el ciclo era el mismo: 2-4-8, cada uno transmitiendo un programa peor que el anterior. Después del mediodía apareció un cuarto canal en el #5, quedando la rotación como 2-4-5-8 con resultados similares a la rotación anterior.

Decidí salir a dar una vuelta para conocer el vecindario donde vivía y tratar de despejar mi mente de la pesadilla que estaba viviendo. Lo primero que noté al asomarme a la ventana era que no había nieve. Nada. Ya había leído al respecto en mis libros de geografía, pero me costaba asimilar en persona el hecho de que en un país no nevase en Diciembre. Respiré hondo y decidí salir a manejar bicicleta por el barrio, pero de inmediato mis padres me detuvieron: -“No es buena idea, es peligroso, te pueden asaltar y te pueden robar la bicicleta.”

“¿A qué clase de sitio me habían traído?”, pensé. Regresé a mi cuarto y cerca de una hora más tarde, mis padres decidieron que fuésemos al supermercado. Yo supuse que era buena idea, ya que cuando íbamos a hacer mercado en *Meijer's* en East Lansing, yo tenía la costumbre de escoger mis *Frosted Flakes* y comprar dos donas como parte del paseo.

En el *Central Madeirense*³ de El Cementerio, nada podía estar más lejano a lo que había vivido apenas una semana atrás en *Meijer's*, y compararlos sería un insulto. Para empezar, no había *Frosted Flakes*; había una caja azul muy parecida -decía *Kellogs* y tenía al tigre *Tony*-, pero se titulaba “*Zucaritas*”. No había Donuts, no había variedad de productos, y en general, no había nada de nada. Cualquier *7-Eleven* estaba mejor surtido que este sitio mal llamado “supermercado”, y que más bien parecía una bodega. Al llegar a casa y verter las “*Zucaritas*” en el bol, las probé para luego escupirlas. Esto no sabía ni remotamente

³ Central Madeirense era junto con automercados CADA, una de dos mayores cadenas de supermercados en Venezuela.

parecido a mis *Frosted Flakes*. Esto sabía a azúcar encima de algo con la textura de *Corn Flakes*. De nuevo tuve que encarar a mi mamá:

- “¿Qué clase de sitio es este? No hay *Disney Channel*. No hay *MTV*. Solo hay cuatro canales de televisión y todos son terribles. No hay Donuts en el supermercado, ni tampoco en ningún otro lugar, porque ¿no hay *Dunkin’ Donuts*! ¿En dónde estamos?”

Días después descubrí que sí había un sitio llamado *Dunkin’ Donuts*, pero lo que menos vendía, ¿era Donuts! (vendían galletas y chucherías). En ese momento no entendí por qué había un sitio que se llamaba *Dunkin Donut’s* que no vendía donuts, pero años después lo entendería, ya que con cada día que pasaba, mi adaptación a Caracas empeoraba. En líneas generales, ahora estaba en un sitio en donde:

- No había *Disney Channel*. No había *MTV*. No había *HBO*.
- No había nieve.
- No podía salir por el vecindario, porque era peligroso.
- Solo había cuatro canales de televisión, y eran pésimos.
- No había *Frosted Flakes*, pero había “Azúcar Flakes”.
- No había Donuts.
- El *McDonald’s* sabía terrible (no es que el de Michigan fuese un gourmet, pero el *McDonald’s* venezolano sabía mucho peor).
- No podía irme yo solo al colegio, porque era peligroso.
- No tenía locker.
- No tenía computadora asignada exclusiva, ni de ningún tipo.
- No tenía mesa/escritorio en el salón de clases. Tenía un pupitre sucio y además incomodo, dado que yo soy zurdo.
- No tenía 1.000m² de jardín en la hora del recreo.
- No tenía menú para escoger el desayuno, ni el almuerzo.
- No empezaba clases a las 8:30am. Ahora empezaba a las 7:00am, y tenía que despertarme a las 5:00 am, en vez de las 7:30am.

...y así poco a poco iba sumando cosas que ya no tenía, y que hacía un mes antes, una semana o el día anterior, sí tenía. Así me sentí cuando llegué a Venezuela. ¿Por qué menciono esto? Porque a medida que pasaban los años que vivía en Venezuela, me sentía igual.

El tiempo que viví en Venezuela, siempre me sentí como si estuviese viendo una película transcurrir frente a mí: una película surrealista que se escenificaba en un ambiente muy extraño y totalmente distinto al mundo normal; una película en la cual ocurrían hechos ilógicos, incoherentes e inverosímiles; una película cuyos protagonistas actuaban de forma irracional porque estaban inmersos en un mundo surrealista, y si bien tenían una leve idea de que allá afuera existía un mundo normal, no tenían el menor interés en salir de su mundo surrealista por razones que al Sol de hoy nunca pude entender. Lo peor era que la película se repetía día tras día.

Nunca pude entender la cultura mediocre del venezolano, ni el razonamiento detrás de las acciones que ejecutaba, o por qué las hacían. Es por ese motivo por el cual desde el primer día que pisé Venezuela, nunca sentí, ni desarrollé alguna atadura, ni algo que me hiciese cultivar algún vínculo emocional hacia el país, ni hacia su gente. Ese momento cuando vi por primera vez el avión de VIASA y esas primeras horas hacia Caracas fueron cruciales: se supone que una aerolínea internacional es la carta de presentación de un país. ¿Qué impresión inicial puede tener una persona sobre un país, si la aerolínea que pertenece al país al cual viaja no está al estándar de los niveles a los cuales está acostumbrada? A partir de allí, el resto fue en caída libre: no *Disney Channel*, no locker, no esto, no aquello y así sucesivamente. El problema no era que no tenía las cosas que sí tenía en Estados Unidos. El problema era que el venezolano consideraba que no tener esas cosas era aceptable, a pesar de conocer su existencia y de saber que tenerlas podría haber mejorado la calidad de vida de su sociedad.

Así fue como aprendí a analizar las situaciones que viví en Venezuela con objetividad, sin tomarlo personal o parcializarme hacia ningún punto de vista. Por favor no me mal interprete; nunca odié al país, ni a su gente. Intenté crear vínculos y algún tipo de atadura, pero cada día pasaba algo que me hacía ver que no tenía sentido crear esos sentimientos hacia el país, y que por el contrario, era preferible mantenerme al margen y ver las cosas desde afuera. Siempre he sido una persona con una capacidad racional de ver las cosas, y en el caso de Venezuela esto se acentuaba ya que jamás me sentí como parte de sus habitantes. Así desarrollé una visión objetiva de la realidad de

Venezuela y del venezolano para explicar qué fue lo que pasó para que Venezuela colapsase de la forma como lo hizo, y por qué más de ocho millones de venezolanos hoy merodean por el mundo.

El objetivo de este libro no es explicar por qué me afectó o por qué me molestó el incidente con la aeromoza de VIASA, o el hecho de que en Venezuela no había *Disney Channel*, ni *Frosted Flakes*, ni se podía salir en bicicleta en tu vecindario. El objetivo de este libro es explicar por qué en Venezuela no había los medios, los recursos, ni la infraestructura, y más importante aún, la gente y la mentalidad para que hubiese *Disney Channel*, *Frosted Flakes*, lockers en las escuelas, *Dunkin' Donuts*, rascacielos de noventa pisos, autopistas de cuatro canales, estadios de clase mundial, marcas de vehículos respetables, un sistema bancario sólido, una selección de béisbol o fútbol que fuese campeón mundial, libertad para salir en bicicleta, y similares aspectos. Mi análisis explicará por qué el sistema no funcionaba en Venezuela y por qué te podían robar los útiles escolares que habías dejado encima de tu pupitre en un colegio privado donde supuestamente iban profesores y niños de clase media con educación y principios cívicos.

Con el pasar de los años me di cuenta de que en el fondo el venezolano sabe que es una mala persona. De nuevo debo insistir que no son seres malignos, sino simplemente son personas con valores distorsionados y principios torcidos. A eso me refiero cuando digo que el venezolano sabe que es una mala persona. Por favor recuerde y reitero que no me refiero a todos los venezolanos, y que a lo largo del libro yo utilizaré la expresión “el venezolano” o sus variantes para referirme a un porcentaje muy alto de la población, pero no a todos.

El venezolano sabe que su mentalidad de querer ser más listo que los demás, de que “*Yo soy más arrecho que tú*”, y de que “*las leyes y las normas no aplican para mí*” fue la que destruyó a Venezuela, a pesar de que ha vivido su vida pensando que nunca tuvo culpa de nada y que solo fue una víctima inocente, ya que jamás actuó mal y siempre tuvo una conducta ejemplar. La realidad es que no fue así, ya que si eso fuese cierto, entonces ¿por qué su país hoy está destruido?

⁴ Expresión venezolana que significa “presumir de ser mejor que otra persona.”

¿Quiere saber por qué me siento tan seguro? Porque los útiles que me robaron en esa primera semana de cuarto grado jamás aparecieron, así como tampoco supe quién fue el que me robó, a pesar de que acudí a la profesora de la clase, siendo su respuesta: “¿Y qué quieres tú que yo haga? ¿Acaso yo soy policía?” Fue allí cuando entendí que en Venezuela lo inusual era lo normal, así como aprendí la razón por la cual me habían robado, y por qué nunca hubo interés alguno en hallar al responsable: porque me veían de forma distinta. Me veían con envidia. Por fortuna, en poco tiempo esa envidia se transformó en respeto, ya que si bien yo era uno de los alumnos más destacados del colegio y además jugaba ajedrez, nunca fui parte del grupo de los “nerds”, ni de los chicos a quienes les hacían “bullying.” Más bien, yo era algo popular, algo sociable, practicaba deportes -beisbol, tenis y TaeKwonDo; nunca fui bueno en básquet-, y podía relacionarme con chicas lindas sin problema. Por eso logré integrarme con todos mis compañeros, incluso mejor de lo que lo hacían los *nerds*, o los chicos tímidos e inseguros que sí eran venezolanos. Si ha visto la serie *Malcolm in the middle* (2000, *Boomer y otros*), el personaje de Malcolm es una representación bastante similar a cómo yo era de chico, y de mi infancia y mi adolescencia.

Viéndolo en retrospectiva, la envidia se transformó en respeto por varios factores: por una parte, mis compañeros respetaban mi estatus de estudiante “genio” que sacaba las notas más altas sin tener que tocar un libro; y por otra parte, me respetaban por la confianza que yo desplegaba al hablar, y porque mi personalidad los intimidaba. Debo confesar que, tras el incidente del robo en esa primera semana, me di cuenta de que solo tenía dos opciones: darme a respetar o dejarme pisotear; y en mi situación, decidí que lo segundo no era lo correcto. Por esa razón nunca sufrí de *bullying*, y estoy seguro de que no habría sufrido de haber cursado mi educación colegial en los Estados Unidos. Siempre fui un chico con mucha actitud y carácter, además de que terminé relacionándome con el grupo de los “*traviesos del salón*”, los “*mala conducta*”, o como desee llamarlos, siendo mi amigo Lorne López uno de ellos, y a quien expulsaban casi cada semana: por incendiar el salón de clases, por poner ‘*Fucking Hostile*’ de “Pantera” en la grabadora que tocaba el Himno Nacional, o incluso por ser el sospechoso por defecto de cualquier travesura que ocurriese en el colegio, aun cuando

en realidad el autor había sido yo, pero nadie lo imaginaba puesto que yo era un “angelito.” Willis Izaguirre y Gabriel Torrelles completaban mi grupo de amigos. Los tres eran muy inteligentes y aplicados. No tanto como yo, pero los identifiqué como chicos con potencial para formar un grupo capaz de producir excelentes trabajos y exposiciones, al mismo tiempo que nos gustaba sentarnos en la última fila, meternos en problemas, tocar música de la época, y salir a fiestas para conquistar chicas. Además de ellos, estaban Darwin -hermano mayor de Lorne-, y Wilhelm -hermano menor de Willis-. Ellos fueron mis amigos cercanos en el colegio, y hablaré un poco sobre cada uno en algunos capítulos. Tras graduarnos, Gabriel se alejó de nosotros al entrar en la universidad, y Willis lo haría tras casarse con su actual esposa. Los demás hemos mantenido nuestra amistad tras años de vivencias. Hoy son mis mejores amigos, y lógicamente los quiero mucho.

Dado que es normal que en el colegio casi nadie se escape de ser víctima de una broma pesada de algún compañero, salvo algunas excepciones las pocas veces que alguien intentó hacerme algo, me di a respetar y al resto de mis compañeros les quedó claro que no debían meterse conmigo. Una de esas acciones era hacerle *bullying* a otros compañeros. Cosas de chicos de colegio, e inmadureces de la edad de las cuales no estoy orgulloso, pero tampoco me arrepiento. Pero a pesar de eso, y a pesar de que logré encajar bien entre mis compañeros, esa envidia que mencioné de ellos de verme como alguien distinto siempre se mantuvo, lo cual es algo que analizaré a profundidad más adelante. Y esa envidia la aprendieron en sus hogares, inculcada de sus padres quienes vivían en un sistema corrompido. Por eso los venezolanos intentaron corromperme, llevarme a su nivel de mediocridad, y convertirme en uno de ellos, puesto que para ellos, yo era “uno de los buenos.” Por muchos años vi a los venezolanos dañando lo bueno, y por eso concluí que Venezuela nunca sería, ni será un país desarrollado.

Los años que viví en Venezuela, a diario los venezolanos siempre me preguntaban “¿Qué crees que va a pasar en Venezuela?” y tras realizar un análisis de la situación que se vivía en el país, les daba mi opinión de lo que sucedería: “Este país se dirige hacia un inminente colapso.”

Desafortunadamente para ellos, no me equivoqué.